

sincero, habia sido capaz de abrigar una superchería, y temió ya que ésta envolviese alguna falta que empañase el limpio brillo de que él habia revestido la honra de aquella jóven de celestial belleza. Sin embargo, la dulce y púdica mirada de sus serenos ojos, el virginal rubor que á sus mejillas se asomaba al escuchar cualquier palabra amorosa, y el indefinible encanto de su fisonomía, argüian una alma sin mancha, libre de los defectos que aquejan á la humanidad.

Inclinado por su benevolencia á juzgar por el libro, pocas veces infiel, de la fisonomía, y alarmado al mismo tiempo por el temor que habian infundido en su pecho las palabras de la jóven, contestó despues de un instante de duda y de silencio.

—He dado mi palabra de obsequiar la peticion de vd., y la cumpliré sea cual fuere.

—Le agradezco á vd. infinito esa deferencia, y hablaré con la sinceridad y la franqueza á que es vd. acreedor por su generosidad.

—Escucho á vd. con impaciencia.

—Hay en la historia de mi vida una página terrible y dolorosa, que la desgracia escribió con candente buril en el libro de sus víctimas.

Don Felipe sintió oprimírsele el pecho con la horrible idea de encontrar algun borron en la conducta de su protegida, y contestó con marcada inquietud y doloroso temor:

—¡Oh! ¡será posible!

—Sí, señor Flan;—continuó la jóven con profunda tristeza.—El nombre que llevo, revela suficientemente las vicisitudes que deben haber combatido mi existencia, pues no es el mismo con que fuí conocida en la casa de los autores de mis dias.

—¡Será cierto!

—Sí, D. Felipe; mi verdadero nombre es Adela. Mi mano estaba destinada á un jóven de relevante mérito por sus virtudes y su talento; pero el destino que se habia propuesto amargar mi existencia, dispuso que la noche víspera del dia en que se de-

bia celebrar nuestra union, y hallándome de visita en casa de una amiga, me anunciase que me buscaba una de mis criadas, diciendo que bajase al momento porque en mi familia habia ocurrido una gran novedad. Yo me despedí inquieta; bajé lo mismo; entré sin reflexionar en un carruaje que me esperaba en la puerta y dentro del cual habia una mujer á quien por la oscuridad no pude distinguir, pero que me figuré fuese una de mis criadas. Sin embargo, no bien acabé de sentarme y de cerrar ella la portezuela echando á correr el coche, cuando ví que aquella mujer me era desconocida; pero no bien me preparaba á dirigirle una pregunta, cuando me ví sujeta fuertemente por uno de sus hercúleos brazos, mientras vibraba con el otro sobre mi pecho un puñal, amenazándome con la muerte si gritaba. Era un hombre disfrazado con el traje de mujer.

—¡Qué infamia!

Exclamó exaltado de indignacion D. Felipe.

—Aterrada y sorprendida caí desmayada,

y cuando volví en mí, me encontré en una pieza lujosamente amueblada, sin puertas, sin balcones ni ventana alguna, con un espacioso tragaluz de hermosos vidrios en el techo, por donde recibia de dia inmensa claridad; un lecho con rico pabellon; un gran espejo que se alzaba desde cerca del suelo al techo; una mesa pequeña sobre la que ardia un hermoso quinqué; en uno de los ángulos un lavamanos con preciosa aljofaina de porcelana de China: embutido en la pared un pequeño estante con libros, y colocadas con simetría una docena de sillas de caoba forradas de damasco carmesí, haciendo juego con un mullido sofá que completaba el adorno de mi prision.

Sin embargo, aquellos objetos, lejos de tranquilizarme, me causaron un horror y un espanto indecibles.

Ellos me dieron á entender toda mi desgracia, porque revelaban que el autor del inicuo raptó no habia tenido por objeto la cantidad que pudiese adquirir por mi rescate, sino el atentar contra mi honor y mi felicidad.

Sobresaltada con esta terrible idea, desgarrada el alma por verme separada del hombre que era el bello ideal de mi existencia, del sér á quien debia haberme unido al siguiente dia, ausente de mis queridos padres que tal vez moririan de pesar al recibir la fatal noticia de mi desaparicion; sola, abandonada y sin defensa.... ¡Ah! ¡yo creí morir de sentimiento y de dolor, y hubiera reventado de pena, sin duda, mi oprimido pecho, si las lágrimas, ese bálsamo consolador del infortunio, no hubieran venido á darle alivio y expansion! Sumergida en un mar de llanto y de tristes reflexiones me encontraba, cuando oí un ligero ruido hácia el lado en que se hallaba el espejo: sobrecogida de espanto, dirijí los ojos hácia él, y ví que giraba hácia dentro sobre su izquierda: la idea de huir por allí y salvarme vino de repente á ocupar mi mente; pero apenas la habia concebido, cuando el espejo volvió á quedarse en su lugar, dando entrada á un hombre de toscos modales y de vulgar aspecto.

Aunque vestia el traje de la gente del

campo, reconocí en él al mismo que, disfrazado de mujer, me sorprendió en el coche.

—Señorita—me dijo con la dulzura que le permitia su ronca voz—aunque debo aparecer á los ojos de vd. como un monstruo, por haberle arrancado con engaño del seno de su familia, pues no niego haber sido yo el que se valió de un disfraz femeníl para sorprenderla, no he cometido esta accion impulsado por mis instintos, sino por obedecer á un hombre que salvó la vida de mi madre, que ha sido despues mi favorecedor, y á quien he jurado servir lealmente. Yo suplico á vd., por lo mismo, que no me conserve rencor, y que me perdone la accion que me he visto obligado á cometer.

La manera con que fueron dichas estas palabras, y la sinceridad que se reveló en su semblante al pronunciarlas, me tranquilizaron un poco.

Yo veía en las facciones de aquel hombre algo de noble; y aun la misma accion criminal que acababa de cometer, advertí que reconocia por origen el reconocimiento, aunque mal aplicado, por desgracia.

—¿Me guarda vd. mala voluntad, señorita? Dijo viendo que yo guardaba silencio.

—No señor; antes le compadezco á vd., porque obra vd. contra sus generosos sentimientos.

—Es cierto; ¿pero qué quiere vd? Le juré á ese hombre servirle en cuanto me pidiera, y no puedo faltar á mi palabra.

—Las promesas son sagradas—le contesté tratando de inclinarle á mi favor y adquirir mi libertad—en tanto que no se apartan de la moral; pues lejos de ser meritorias es un crimen cumplirlas cuando se daña al inocente. ¡Ah! ¡qué bienes le resultan á él de mi desgracia.... del dolor de mis desventurados padres.... de la desesperacion de mi amante.... de mis lágrimas....!

—Lo ignoro, señorita; pero lo que sí sé es, que por mucho que me duela de vuestro llanto y de vuestras penas, nunca dejaré de servir lealmente á mi favorecedor.

—¿Y quién es ese hombre que se goza en mi dolor? ¿qué ha dispuesto que padezca

eternamente! ¿En qué le he ofendido? ¿Qué pretende de mí?

—Tengo órden de no responder á ninguna de las preguntas que se me hagan. Vea vd., pues, si anhela cenar ó se le ofrece algo, en tanto que él llega.

—Nada.... absolutamente nada.... Puede vd. retirarse cuando guste.

El hombre hizo una inclinacion de cabeza, se dirigió al espejo, tocó un resorte, y desapareció detras de él.

Yo volví á quedar abatida y sobresaltada. Comprendia demasiado mi crítica situacion, y adivinaba el objeto de aquel inicuo rapto.

Sin defensa.... entregada á mis débiles fuerzas.... ignorando el sitio donde me hallaba.... ¡Oh! ¡yo no sabia qué hacer...!

En tan terribles circunstancias, mi corazon vislumbró una esperanza.... un defensor.... un compañero.... ¡Dios!

¡Ah! ¡yo levanté los ojos al cielo, caí de rodillas, y llena de ferviente fuego y de viva fé imploré su excelsa proteccion!

Aquella súplica reanimó mi desfallecido

espíritu.... creí que el Eterno respondía favorablemente á mi ruego, y quedé mas tranquila.

No atreviéndome á desnudarme, ni á meterme en mi lecho, me senté en una silla, donde pasé la noche en sobresaltado insomnio....

Así llegó la luz del nuevo día, y con ella el hombre encargado de mi custodia, conduciéndome el desayuno.

—Aun no viene mi protector—dijo colocando el chocolate sobre la mesa;—debía haber llegado anoche, pero una ligera indisposición, un dolor de cabeza, unido á una molesta calentura, le han impedido salir de México.

—¿Luego estoy fuera de la capital?

Exclamé asombrada.

—¿Soy un imprudente!—dijo mi carcelero mordiéndose los labios.—¿Nunca puedo hacer las cosas como se me ordenan!

—¡Ah! sí....—continué yo:—¡Me lo anuncia el silencio que reina por todas partes! ¡Estoy abandonada del mundo entero y bajo el poder de un malvado....!

El hombre no respondió, y salió dejándome el desayuno.

Cuando volvió al medio día con la comida, le ví triste, pensativo y sério.

Dejó todo sobre la mesa, me echó una mirada escudriñadora, y desapareció sin despegar los labios.

Aquel cambio me hizo estremecer. ¿Reconocía por origen nuevas órdenes recibidas, y que él temía ejecutar, ó acaso un medio seguro de no ser indiscreto?

Yo lo ignoraba; y en esta duda crecían mis temores, y mis súplicas á Dios y á la Virgen!

El temor había desterrado de mis ojos el sueño, y aquella noche, lo mismo que la anterior, la pasé en continua vela, esperando de un momento á otro la llegada del autor de mis desgracias.

Pero nadie se presentó.

La luz del nuevo sol, y de otros seis consecutivos, vino á alumbrar mi prisión sin otra novedad que el aumento de sequedad y de mal humor de mi silencioso carcelero.

El sétimo, al llevarme el desayuno, entró muy triste y abatido.

Yo temblé porque temí que tenía que comunicarme algo desagradable para mí; le miré recelosa, y guardé silencio.

Después de colocar el chocolate sobre la mesa se puso enfrente de mí, cruzó los brazos, y se quedó contemplándome, esperando, sin duda, á que yo le dirijese la palabra; pero yo permanecí muda, cada vez mas temerosa y sobresaltada.

—Tal vez no llegará vd. á conocer al hombre que, amándola entrañablemente, dispuso que la condujesen á este sitio.

Exclamó con profundo sentimiento, viendo que yo permanecía callada.

—¡Cómo!

Dije sorprendida, y mal disimulando mi alegría.

—Sí; la ligera indisposicion se ha convertido en horroroso tífus, y no tengo esperanza de que se salve.....!

Entonces comprendí la causa de la tristeza y severidad que habia notado en mi carcelero los dias anteriores.

El peligro en que se encontraba la vida de aquel á quien habia jurado servir lealmente, le tenia afligido y de mal humor, mientras yo miraba aquella circunstancia como un marcado favor que la Providencia me dispensaba.

Sin embargo, hice un esfuerzo para disimular mi alegría, temiendo atraerme la enemistad de aquel hombre que me habia tratado hasta entonces con una deferencia y un respeto, extraños en una persona encargada de la odiosa comision de carcelero.

—Bien sé—añadió después de un instante de silencio—que la noticia que á mí me llena de consternacion, á vd. le debe ser agradable: lo conozco: vd., lejos de anhelar que viva ansiará su muerte, porque su muerte equivaldria á recobrar su libertad; pero yo que he recibido de él inmensos beneficios; yo que por él vivo en la abundancia; yo, aunque compadezco las penas de vd., las prefiero á la desgracia de mi protector.

Diciendo esto se despidió de mí, y salió

dejándome asombrada de su franca manera de proceder.

Ocho dias pasé de esta misma suerte.

El rostro de mi carcelero era el barómetro fiel que me indicaba el estado del enfermo, vertiendo en mi alma la alegría su tristeza, y su contento la amargura y el terror.

Una mañana le ví entrar risueño y alegre.

Mi corazón se estremeció dentro del pecho de una manera que hacia difícil mi respiración.

—¡Estaba aliviado sin duda!

Interrumpió D. Felipe con afán.

—Algo mas que eso: ¡estaba convaleciendo! Desde entonces no tuve un instante de quietud.

Aunque estaba persuadida de que la convalecencia del tífus es larga y delicada, cada dia, cada hora, cada instante, esperaba la llegada del autor de mi raptó, y vivia en continuo sobresalto.

¡El menor ruido que escuchaba, me hacia estremecer y temblar, como la hoja en el árbol.

¡Oh.! ¡aquella era una agonía continua!

¡Mi alma estaba atribulada como la del infeliz sentenciado á muerte!

¡La memoria de mis queridos padres y de mi desdichado amante, era mas viva y tierna en aquellos supremos momentos en que me encontraba sola en el mundo y amenazada de un peligro horrible.!

Así pasé otro mes de agonía y de tormentos, sin mas consuelo que mis lágrimas.... lágrimas con que amasaba el pan que comia, y que se mezclaban con el agua que acercaba á mis lábios.

Mis ojos, cansados de llorar, se enfermaron, y mi salud empezó á quebrantarse notablemente. ¡Ah! esto, lejos de entristecerme, fué para mí satisfactorio. Yo rogaba á Dios que me quitase la vida antes que permitir que me arrebatasen mi honra.

Por fin se me anunció una mañana, que al siguiente dia llegaria el hombre, causa de mi desgracia.

Yo quedé aterrada y sin aliento al escuchar aquella fatal nueva.

A la hora de comer me sorprendió ver entrar con la comida á una mujer extranjera.

—Ha marchado á México, mi hijo, y no debe tardar—me dijo:—Aquí tiene vd. la comida; y por si se le ofrece á vd. algo, yo volveré mas tarde.

Por la noche, al traerme la cena, la ví entrar sobresaltada.

—¡Mi hijo no parece!—exclamó con marcada inquietud:—¡Oh! ¡estoy temblando....! ¡Hay tanto malvado en los caminos! ¡y como traia dinero....!

—¡Se inquieta vd. por la tardanza de un hijo!—Le dije yo con amargura.—¡Ah! ¡señora! vd que es madre.... vd. que experimenta en este instante el pesar que causa el temor solo de una desgracia... considere vd. ¡cuál será el desconsuelo y la profunda tristeza que desgarrará el alma atribulada de los que me dieron el sér, al verse despojados de la hija da su corazon, en quien cifraban toda la ventura de su vida! ¡Mida vd. por su tormento, el que sufrirán los au-

tores de mis dias! ¡Ah! ¡ya que por fortuna existe en vd. ese purísimo sentimiento maternal, lleve al corazon de mi amorosa y atribulada madre, el consuelo que desea vd. para sí misma, y que yo pido al cielo le conceda cariñoso!

Y la estreché la mano para decidirla en mi favor y tuviese piedad de mis lágrimas.

Aquella mujer pareció conmoverse con mis palabras; me miró tiernamente, y la ví estremecerse.

¡Ah! ¡yo creí que Dios tocaba en aquel momento su corazon para salvarme, y la supliqué me volviese al seno de mi familia.

—¡Eso no puede ser!—exclamó retirando su mano de la mia, y haciendo un esfuerzo sobre sí misma.—Comprendo como nadie las penas que desgarrarán el pecho de la mujer que le dió á vd. la vida, pero su consideración no me hará olvidar jamas mi obediencia. Siento los males que pesan sobre vd., pero no puedo remediarlos. ¡Pero mi hijo que no llega!—Agregó fijando los ojos en la esfera del reloj que estaba sobre

la mesa.—¡Oh! ¡su tardanza me preságia alguna gran desgracia!

—Tal vez se habrá quedado en México.

Contesté yo tratando de que ella continuase hablando, para ver si descubria algo con respecto á lo que habian pensado hacer conmigo.

—No; sabe que me quedo sola, y nunca se queda fuera de casa. Debió llegar á las cinco, y son ya las doce de la noche.... ¡Ah! voy á ver si desde el balcón que dá al campo escucho el galope de su caballo.

Y la mujer salió precipitadamente.

Al despuntar la aurora de la mañana siguiente, escuché gran ruido de caballos, voces de algunas personas, y el agudo llanto de una mujer.

Me puse en pié sobresaltada, y apliqué el oído á la pared hácia donde el ruido se escuchaba; pero no pude entender nada de lo que fuera se hablaba.

A poco escuché claramente los pasos de una persona que se acercaba precipitadamente, y exhalando frecuentes lamentos.

Esto me sobresaltó sobremanera.

Un estremecimiento general sacudió todos mis miembros.

Mi corazón saltaba dentro del pecho con fuerza extraordinaria.

De repente oí el ruido como de un resorte cerca de mí.

Dirijí asustada los ojos hácia el sitio de donde salia, y ví moverse el espejo.

Yo me estremecí de espanto.

Un sudor frio, como el de la muerte, bañaba mi frente.

Mi respiracion era violenta y penosa.

Mi vista estaba fija en el espejo.

Este giró lentamente sobre su izquierda, y en seguida penetró llorando la extrangerá, diciendo:

—¡Han traído herido á mi hijo....!

Y llena de afliccion y de lágrimas, abrió una alacena secreta que yo no conocia, sacó de ella un pomito con alguna medicina, y se dispuso á salir.

Yo que en todo aquel tiempo que pasó rápido como una exhalacion, medité en lo que hacer debia; y no viendo otro medio para salvarme que la fuga, que entonces

me parecia menos difícil, por hallarse herido mi carcelero, me resolví á hacer una atrevida tentativa; y cuando la extranjería hizo girar el espejo para marcharse, yo me lancé precipitadamente á la salida.

—¡Oh! ¡no saldrá vd!—me decia impidiéndome la fuga, y luchando conmigo que me agarré de ella para detenerla:—¡En vano son todos sus esfuerzos!

Yo que conocia la superioridad de fuerza física de mi contraria, empecé á dar voces pidiendo auxilio.

—¡Infeliz.....!

Exclamó llena de furia aquella mujer; y tapándome con una de sus manos la boca, con la otra amenazaba ahogarme, teniéndome asida de la garganta y oprimiéndome contra la pared.

¡Oh! yo quise gritar, pero no pude.... Me faltaba la respiracion.... mi rostro se puso morado.... mis ojos se inyectaron de sangre.... y no pudiendo desprenderme de la mano que me ahogaba, caí como muerta al suelo exhalando un quejido espantoso.

A este punto de su historia llegaba la hermosa Soledad, cuando entró un criado anunciando á D. Felipe que le buscaba una persona, cuyo nombre dijo, y que era de alta consideracion para la casa.

En el rostro del señor Flan se pintó el sentimiento de verse obligado á no seguir escuchando aquel funesto episodio de la vida de la jóven que amaba; se levantó de la silla, alargó cariñoso la mano á la afligida hermosa, y se salió prometiendo volver lo mas pronto posible á escuchar el fin de aquel interesante acontecimiento.